

PREFACIO

EL MALLEUS MALEFICARUM A LA LUZ DE UNA TEORÍA SIMBÓLICA DE LA HISTORIA

Carlos Amadeu B. Byington¹

El siglo veinte entra en su última década perplejo frente al desmoronamiento de la ideología materialista que lo alentó, guió y revolucionó. La civilización industrial se da cuenta, por sus propios extravíos, de una gran falta de valores para orientar su desarrollo. De las profundidades heladas de esta desilusión, se reactivan los arquetipos expresados en los mitos portadores de los símbolos históricos que orientaron el desarrollo de las culturas. La civilización industrial y las ciencias modernas surgidas en el renacimiento Europeo, al retornar a sus raíces míticas, reencuentran al Mito Cristiano que moldeó sus caminos. En su bagaje, ellas incluyen dos siglos de psicología para vivenciarlo de forma diferente. Con menos fervor y fanatismo tal vez, pero ciertamente con mayor capacidad de separar el mensaje fecundo de los símbolos del Mito de sus deformaciones históricas.

La importancia del papel civilizador del Mito Cristiano en el tercer milenio deberá incluir la continuación de la elaboración de sus símbolos que aún no pudieron ser debidamente integrados por la cultura. En ese sentido, el estudio de los puntos históricos estratégicos de estrangulación del mensaje del Mito formarán un capítulo importante de su continuidad.

En la medida en que la media del proceso civilizador integrara los idiomas hispano-ibéricos en el mundo moderno, la lengua portuguesa adquirirá otra importancia de la que tiene hoy. Dentro de esta perspectiva, la Editora Rosa dos Tempos, justifica su nombre y el carácter de la personalidad de sus cuatro fundadoras, al traducir al portugués e inaugurar sus actividades con esta obra.

El Malleus Maleficarum es una de las páginas más terribles del Cristianismo. Es difícil imaginar que durante tres siglos, él fue la Biblia del inquisidor. Intentaré demostrar que no fue por casualidad que fue escrito en el esplendor del Renacimiento y se transformó en el apogeo ideológico y pragmático de la Inquisición

¹ Médico Psiquiatra y Psicoterapeuta. Miembro fundador de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica y Miembro de la Sociedad Internacional de Psicología Analítica. Educador, Historiador y creador de la Psicología Simbólica Junguiana. E-mail: c.byington@uol.com.br site: www.carlosbyington.com.br

contra la brujería, alcanzando intensamente a las mujeres. Como el lector podrá verificar sobradamente por cuenta propia, es un manual de odio, de tortura y de muerte, en el cual el mayor crimen es el cometido por el propio legislador al redactar la ley. Sus víctimas no nos dejaron testimonio. Es la propia firma de los legisladores, cuya locura los llevó a exponer orgullosamente sus crímenes para la posteridad, lo que nos hace imaginar el terrible sufrimiento pasado por las millares de personas, en su mayoría mujeres, muchas de ellas histéricas, que fueron por ellos torturadas y condenadas a prisión perpetua o a la muerte.

El libro es diabólico en su concepción y redacción. Dividido en tres partes, la primera cuida de enaltecer al Demonio con poderes divinos extremos y vincular sus acciones con la brujería. Esto es astutamente articulado con la ideología represiva de la Inquisición, que declaraba herético a cualquier descreimiento en esos postulados. En la segunda parte, se enseña a reconocer y a neutralizar la brujería en las vivencias cotidianas de la población. Una persona de conducta diferente, una pelea entre vecinos, una vaca que da más o menos leche, un niño que enferma, una tempestad o la disminución de la potencia sexual, cualquier suceso puede ser atribuido a la brujería. Se trata de una verdadera religión del Diablo para explicar todos los males de la vida individual y comunitaria. Es difícil imaginar que cualquier brujo o bruja, por mayor formación en ciencia jurídica que tuviese, consiguiera legislar sobre los poderes del demonio con tanta prodigalidad. En la tercera parte, se describe el juicio y las sentencias. Allí se comprende cómo el libro es tramposo. En realidad, las dos primeras partes son escolásticamente racionalizadas para justificar toda suerte de aberraciones y crueldades mandadas a ejecutar en la tercera parte, un verdadero sumidero de la patología cultural acumulada en el milenio de la Edad Media.

Aunque delirante, sádico y puritano, no está allí la esencia de la patología del Malleus. Ella adviene fundamentalmente de que el texto tenga el objetivo de defender y de enaltecer a Cristo, lo que lo transforma, locamente, en un código penal redactado por criminales eruditos, doctamente basados en lo mejor que había en la teología cristiana. Bendecidos y protegidos por bula papal, los inquisidores Sprenger y Kramer, que escribieron el Malleus, son un síntoma de la Inquisición, el gran cáncer, la deformación psicótica del Mito Cristiano. Durante su institucionalización, el Mito se subdividió. Una parte preservó la esencia del mensaje

Cristiano y transformó la relación Yo/Otro del padrón patriarcal en un padrón de igualdad e interacción creativa. Otra deformó el Mito a través de la Inquisición y creó una enorme disociación cultural expresada en las polaridades Cristo/Demonio y Santa Madre Iglesia/Bruja. Una historia simbólica del Cristianismo nos muestra cómo la Demonología y el odio a las mujeres crecieron a expensas de la despontecialización del papel cultural revolucionario de los símbolos de Cristo y de la Iglesia.

Este poderosísimo Mito de salvación por el amor fue la principal matriz estructurante de la llamada Civilización Occidental, dentro de la cual se desarrolló la ciencia moderna y se forjó la identidad de las naciones europeas y americanas.

La esencia del Mito está en dos mandamientos:

“Amarás pues al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con toda tu fuerza...Amarás a tu prójimo como a ti mismo.” (MT 22:37-39).

“Yo no los dejaré desamparados; Yo vendré a ustedes. Dentro de poco tiempo, el mundo no me verá más. Pero ustedes me verán porque Yo vivo, y ustedes también vivirán. En ese día, comprenderán que yo estoy en mi Padre, ustedes en mí y Yo en ustedes. Aquél que conoce mis mandamientos y los guarda, ése me ama; y aquél que me ama será amado por mi Padre, y Yo lo amaré y me mostraré a él.”(Juan 14:18-21).

La tarea de este prefacio es explicar cómo este mito de solidaridad humana puede ser tan deformado a punto de producir la Inquisición y el Malleus. Buscaré esta comprensión en una teoría simbólica de la historia y de la cultura (1). Me parece que solamente una perspectiva simbólica del desarrollo normal y patológico de la cultura puede tornar comprensible tamaña aberración.

Desde el punto de vista de la psicopatología simbólica colectiva, el paralelo comúnmente hecho entre la Inquisición y el Nazismo es importante para ilustrar lo que es la psicosis paranoide cultural. Aparte de que la duración de una sea medida en algunas décadas y la de la otra en muchos siglos, esta comparación necesita delimitar una gran diferencia, que es la patología del carácter colectivo que acompañó la Inquisición. Los nazis asesinaban a sus víctimas porque se juzgaban puros y a ellas impuras. Al aniquilarlas, buscaban formar una nueva humanidad racialmente perfeccionada. Su psicosis expresaba la proyección de su Sombra (sus

complejos inconscientes), pero no incluía, en un mismo grado de compromiso, la patología colectiva del carácter. Así, no necesitaron distorsionar el humanismo Occidental para justificar sus crímenes. Al endiosar su megalomanía paranoide, repudiaron todo el fundamento humanista de la Cultura Occidental. De allí su identificación ideológica generalizada con la psicosis anti-cristiana y anti-semita de Nietzsche.

La Inquisición también se juzgaba megalomaniáticamente purificadora y proyectaba de forma paranoide su propia Sombra (los complejos culturales inconscientes) en los herejes que torturaba y mataba. Entre tanto, no sólo no repudiaba el humanismo cristiano, como se fundamentaba teológicamente en él para perpetrar sus crímenes. Al torturar y matar, los Inquisidores decían luchar contra el Demonio para salvar el alma de vuelta para Cristo. Todo esto lo hacían como especialistas en el estudio de los Evangelios y en su contenido humanista. De esa manera, junto con la proyección psicótica, la inquisición presentaba una patología colectiva del carácter (psicopática) a través de la cual distorsionaba el pensamiento de los mayores santos y doctores de la Iglesia, como, por ejemplo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino, para racionalizar su propia conducta patológica, motivada inconscientemente por las deformaciones psicológicas oriundas de siglos de represión. Es a través del estudio de la distorsión progresiva de los símbolos del Mito Cristiano, que podemos comprender esas deformaciones y evaluar debidamente el grado de comprometimiento patológico cultural que expresaron .

Entiendo por historia simbólica a aquella que percibe los acontecimientos históricos como símbolos de la transformación del Self Cultural. Jung concibió el Self como la interacción de las fuerzas conscientes e inconscientes en la psique. Veo también el Self o Ser Cultural como la interacción de las fuerzas conscientes e inconscientes en las instituciones, en las costumbres, en las leyes, en la prensa, en todo en fin. Cada parte, por menor que sea, es siempre la expresión de ese todo. Podemos percibir los eventos históricos expresando la vida y la transformación de ese todo y, así, concebir una teoría simbólica de la historia (2). Como en el Self Individual, la Sombra del Self Cultural está formada por símbolos y complejos (conjunto de símbolos) que no fueron debidamente elaborados y permanecieron inconscientes durante la historia de cada individuo y de cada cultura.

Los arquetipos son las matrices del funcionamiento de los símbolos que expresan la normalidad y la patología. De la misma forma en que cada mineral tiene

su ángulo de cristalización que le caracteriza, y los vegetales tienen formas especiales de crecimiento y reproducción, los animales tienen patrones típicos de comportamiento para cada especie. La psique humana tiene arquetipos que son matrices que coordinan la manera en que ella forma sus imágenes y organiza su funcionamiento. Los principales arquetipos organizan incluso la manera en que el Yo se relaciona con el Otro en la consciencia, es decir, cómo la consciencia trabaja con los símbolos (3). El Arquetipo del Héroe, por ejemplo, coordina una serie de símbolos de forma característica para expresar la realización de grandes hechos. La vida de los profetas, y entre ellos Jesús, expresó muchos hechos que son símbolos de este arquetipo. Esto es válido tanto para la psique individual, como para la psique grupal, como son en grado creciente la institución, la cultura y en un nivel más amplio todavía, la psique planetaria. En la historia de la personalidad y de la cultura, ciertos patrones de funcionamiento de la consciencia que son arquetípicos se tornan preponderantes y después ceden su predominio a otros. Es lo que veremos suceder en la historia simbólica del Cristianismo.

A pesar de solamente oficializada por las bulas papales del siglo doce en adelante, la Inquisición tiene sus orígenes remotos en la época en que se hizo la redacción final del Nuevo Testamento, marcada por la censura y el reduccionismo patriarcales. Los Evangelios de Tomé, de Felipe y de María, desenterrados junto con otros escritos gnósticos en Egipto en 1945, y que fueron conocidos como la Biblioteca de Nag Hamadi (4), atribuyen un papel muy relevante a las mujeres en el mensaje de Cristo, especialmente a María Magdalena. Según los Evangelios de Felipe y de María, ella sería una discípula iniciada por Jesús, siendo incluso su preferida.

“Pedro respondió (a María)...Él habló particularmente así a una mujer y no abiertamente a nosotros? Él la prefirió a nosotros?”

“María lloró y dijo a Pedro: - Pedro, mi hermano, qué piensas? Crees acaso que inventé estas historias en mi corazón y miento sobre el Salvador? Leví respondió a Pedro: - Pedro tú siempre fuiste impetuoso. Ahora te veo atacando a la mujer como a un adversario. Mas si el Salvador la valorizó, ¿quién eres tú para rechazarla? Ciertamente, el Salvador la conoce muy bien. Por eso es que él la amó más que a nosotros”. (5)

Estos escritos describen, también, una serie de rituales dionisiacos, vinculados a la mujer, a la naturaleza y al cuerpo, inclusive a la danza, que serían practicados por los apóstoles. Ésta sería una tendencia de los seguidores de Cristo. Otra tendencia, rival de ésta y liderada por Pedro, reprimía a la mujer en el apostolado y se tornó, con el tiempo, la doctrina oficial de la Iglesia.

“Simón Pedro les dijo: - Que María nos deje porque las mujeres no son dignas del espíritu”. (6)

El desenvolvimiento del Cristianismo se dio a través del Imperio Romano, eminentemente patriarcal. La conversión del Imperio no se hizo de abajo hacia arriba, sino, de arriba hacia abajo y, por tanto, la estructura patriarcal del Imperio poco cambió con su conversión. Continuó con una gran base patriarcal a pesar de, de allí en adelante, denominarse Cristiano. Su conversión real con la integración de los símbolos propuestos en el Mito Cristiano continuó a través de los siglos y, hasta hoy, está lejos de concluirse. Esto no es sorprendente porque en la raíz de este Mito está el Arquetipo de la Alteridad y, como sabemos, un arquetipo, por más que transforme la consciencia, nunca la domina totalmente, pues siempre compite con muchos otros arquetipos, principalmente, con dos grandes arquetipos básicos de la psique. (7)

Los Arquetipos Matriarcal y Patriarcal son los dos arquetipos básicos de la psique. Ellos tienen un poder psicológico tan grande que el predominio de uno tiende a desequilibrar al Self Individual o Cultural a expensas de las características del otro. El dinamismo matriarcal (Arquetipo Matriarcal) está regido por el principio del placer, de la sensualidad y de la fertilidad. Por eso, en las culturas, está generalmente representado por las diosas de las fuerzas de la naturaleza. Por otro lado, el dinamismo patriarcal (Arquetipo Patriarcal) está regido por el principio del orden, del deber y del desafío de las tareas. El poder, con el cual se impone, divide la vida en polaridades altamente desiguales y exclusivamente opuestas como bueno o malo, cierto y errado, justo e injusto, fuerte y débil, bonito y feo, éxito y fracaso. Estas polaridades están reunidas en sistemas lógicos y racionales. Sus dioses, diosas e ideales son conquistadores y legisladores. Fue este dinamismo el que codificó los papeles sociales rígidos del hombre y de la mujer, atribuyendo a ella una condición inferior junto con la mayoría de las funciones matriarcales. Este dinamismo es

característico de las guerras de conquista, de las sociedades de clase con acentuada jerarquía social y rígida codificación ideológica de la conducta.

Los Arquetipos de la Alteridad que coordinan los símbolos del Mito Cristiano son los Arquetipos del Anima en la personalidad del hombre y del Animus en la personalidad de la mujer. Los Arquetipos de la Alteridad propician la diferenciación y el encuentro igualitario del Yo con el Otro dentro del Todo, respetando sus diferencias. Estos son los arquetipos del amor conyugal, de la democracia y de la ciencia, pues en ellos, la relación Yo/Otro necesita libertad de expresión e igualdad de derechos dentro de los cuales se vivencian las diferencias.

El padrón de alteridad es el padrón arquetípico central del Mito Cristiano en el cual se expresa por un mensaje de amor. Por el hecho de ser arquetípico, este padrón existe en las culturas expresado de forma variable y más o menos intensa, dependiendo de la época histórica que atraviesan. ¿Por qué habría sido intensificado en la época de Jesús a punto de haber dominado de forma mesiánica su prédica heroica? O sea, ¿por qué en aquel momento de la historia de la humanidad fue correlacionado con la salvación de la especie?

La corriente mesiánica en el misticismo Judaico fue siempre muy importante, generalmente orientada por el nacionalismo cultural histórico patriarcal exuberantemente expresado por David y Salomón. Otras corrientes místicas como aquellas centralizadas en los misterios de la Cábala, cultivaban lo femenino místico, en interacción igualitaria con lo masculino y eran, así, regidos por el padrón de alteridad. En el Mito Cristiano, este padrón surge como mensaje de salvación del alma, a ser buscada individual y socialmente a través del amor.

Reprimidos por los ejércitos romanos, los judíos se preparaban para una gran sublevación de la cual tenían poca chance de supervivencia. La vivencia cultural de genocidio era, por eso, muy intensa.

Tanto la cultura Judaica cuanto la Romana, a pesar de poseer, como las demás culturas, acentuados componentes matriarcales, de alteridad y cósmicos, estaban en aquella situación histórica intensamente dominadas por el dinamismo patriarcal, en el cual la relación del Yo con el Otro es fuertemente asimétrica. A nivel de poder social, este es un dinamismo guerrero y centralizador que lleva forzosamente a una relación de opresión, sumisión y sublevación que, en este caso, equivaldría a genocidio, considerando que luchar contra Roma equivaldría a la masacre de los judíos, lo que aconteció efectivamente en el año 70 EC. Creo que

este componente haya sido tan importante que una corriente de la tradición mesiánica Judaica encarnó en aquel momento histórico una propuesta heroica de cambio de predominio de padrón arquetípico. Así, paralelamente al mesianismo patriarcal guerrero, surgió en esa crisis cultural, el mesianismo de alteridad encarnado históricamente en la vida y en el cuerpo de Jesús. Este cambio de padrón arquetípico en la confrontación entre naciones, que sucedió en Oriente Medio hace casi dos milenios, posiblemente, debido a la importancia de las civilizaciones Judaica y Romana, fue un marco para todo el futuro de la humanidad. De hecho, lo que comprobamos de forma creciente actualmente es que cada vez se torna más difícil la confrontación de las naciones a través del embate dominador/dominado característico del dinamismo patriarcal. Con el aumento del poderío tecnológico bélico, brevemente, éste se volverá imposible, sin que el conflicto incluya el genocidio y comprometa la vida en el planeta. El camino de la alteridad es cada día más el camino de la supervivencia de la especie y de allí, a mi modo de ver, la fuertísima connotación mesiánica y de transformación social del Mito Cristiano. Es importante percibir este alto contenido revolucionario de la alteridad en la vigencia del predominio patriarcal, para comprender las defensas reaccionarias patriarcales que se formaron junto con la implantación cultural del Mito, la principal de las cuales fue la obra terrible de la Inquisición. Ella ejemplifica una característica básica de la psique. Sea en la dimensión individual o colectiva, sus mayores deformaciones patológicas se originan en la herida de la propia fuerza creativa y transformadora de sus grandes arquetipos.

Los arquetipos de la alteridad se diferencian de los arquetipos parentales, por la manera en que vivencian los símbolos. Son libertadores por dos motivos. El primero es por el hecho de necesitar la libertad para vivenciar la plenitud del encuentro del Yo con el Otro. El segundo es por rescatar los símbolos del predominio matriarcal o patriarcal que, en cualquier época o circunstancia, estén reduciendo la vivencia simbólica. Es en estas dos instancias que los arquetipos de la alteridad chocan con los padrones o dinanismos parentales.

Debido al predominio del Arquetipo Patriarcal en la cultura, fue contra él con quien los Arquetipos de la Alteridad más chocaron durante la institucionalización del Mito Cristiano. El trabajo excepcional en el Sabat, la protección de la prostituta apedreada, la defensa de los débiles y oprimidos, el desapego a la propiedad privada, el ofrecer la otra mejilla, la substitución del poder por el amor en la

interacción Yo/Otro, y principalmente la relación de la alteridad con la vida eterna, ilustrado por la resurrección de Lázaro y del propio Mesías, fueron características introducidas por el mensaje cristiano que chocaron frontalmente con el dinamismo patriarcal. Los milagros de la multiplicación de los panes y de los peces pueden relacionarse con el rescate del dinamismo matriarcal oprimido. Los milagros de la transformación del agua en vino en las bodas de Caná y de la resurrección y el amar de Dios, esto es, la totalidad, sobre todo relacionada con el amor al prójimo como a sí mismo son los símbolos que más sitúan el padrón de relación Yo/Otro en el dinamismo de alteridad propiamente. Es que, este padrón no puede ser limitado a la relación igualitaria Yo/Otro simplemente, sino que necesita que esta relación se haga en función del Todo.

La historia simbólica del Cristianismo es, así, demarcada por el conflicto entre la implantación del padrón de alteridad en el Self Cultural y su repatriarcalización reaccionaria oriunda de las tradiciones culturales Judaicas y Romanas y de la obra uniformizadora y represiva de la Inquisición.

Abordaré por la perspectiva simbólica algunos aspectos importantes para ilustrar la deformación histórica que sufrió el Mito durante su institucionalización, delimitada por un lado, por la amplitud institucional de la Inquisición y, por otro, por el crecimiento del símbolo del demonio y de la brujería como su consecuencia más directa y nefasta. Manifiestamente, la Inquisición perseguía al Demonio y a las brujas. En la dinámica simbólica del Mito, sin embargo, ella los fortalecía, progresivamente, a expensas de la mutilación creciente del héroe mesiánico de alteridad y de la creatividad institucional de la Iglesia. Aparentemente, la Inquisición protegía a Cristo y a su Iglesia. Realmente, entre tanto, ella los despotencializaba como símbolos transformadores, por la patriarcalización reaccionaria. Es este camino simbólico el que nos permitirá comprender los orígenes y las consecuencias de las monstruosidades del Malleus, concebidas, perfeccionadas y practicadas en nombre de Cristo y de la Santa Madre Iglesia.

El extraordinario predominio patriarcal del Imperio Romano contribuyó desde su conversión con la patriarcalización reaccionaria del Mito. No está de más recordar que los mismos centuriones que condujeron a los Cristianos a la arena, pasaron a perseguir a los herejes. La propia visión legendaria de Constantino, que se habría convertido al Cristianismo al ver la cruz de fuego en el cielo, ilustra la sumisión de la cruz a la espada patriarcal de los ejércitos romanos, deformando radicalmente el

mensaje Cristiano desde el primer momento de su institucionalización. Es importante, también, percibir la repatriarcalización metodológica por Constantino en el primer concilio de la Iglesia, el Concilio de Nicea en el 325 EC (Era Cristiana). (8)

Se discutían las ideas de Arius, sobre la diferencia de naturaleza del Hijo y del Padre en la Trinidad. La intervención de Constantino no fue a favor ni en contra, sino en el sentido de que él exigía que cualquier conclusión a que llegasen los obispos, debería ser una sola. La centralización y unificación ideológica, tan características del dinamismo patriarcal, fundamentaron la doctrina de la Iglesia y se tornaron el principal marco de referencia en el combate a las herejías. Pero, ¿cuál es la función simbólica de las herejías en el Self Cultural?

Contrariamente a la centralización dogmática patriarcal, el padrón de alteridad se caracteriza por la interacción democrática de corrientes diversas para transformar los símbolos y construir la cultura. *Haeresis*, del Latín, significa escuela de pensamiento, religiosa o filosófica. Para ser profundamente elaborado como requiere un mito de tal envergadura, serían necesarias muchas herejías, esto es, muchas escuelas de pensamiento operando durante muchos siglos dentro de sus instituciones. Entre tanto, la unificación ideológica patriarcal del Santo Oficio hasta hoy considera merecedora de represión cualquier formulación herética sobre Cristo. Es significativo que, ya en el siglo IV (375 EC), el hereje español Prisciliano fue condenado a muerte por el emperador Maximus. San Martín, San Ambrosio y San Leo condenaron radicalmente el procedimiento. San Juan Crisóstomo escribió que *“condenar a un hereje a muerte era introducir en la tierra un crimen inexpiable”*. No obstante, el proceso represor estaba en curso junto con la repatriarcalización del Mito y fue perfeccionándose con los siglos. El *Malleus* es uno de sus frutos más maduros. Al darnos cuenta de que la represión al inicio es contra actos y declaraciones y, en el transcurso de los siglos, se va dirigiendo más y más contra estados de consciencia, podemos percibir que la repatriarcalización iba haciéndose en el Mito, junto con sus conquistas de alteridad más valiosas, como una serpiente que fabrica su veneno con la sangre de su presa. Así, el descubrimiento de la importancia de la imaginación en la elaboración de los símbolos del Mito servía como motivo para codificarla y cercenarla.

Salta a los ojos del sentido común que el *Malleus* es un compendio que sólo puede haber sido producido por mentes gravemente enfermas. Se trata, sin embargo, de una patología cultural que sería mutilador reducir a la problemática

individual. El contenido lógico de su texto, cuya psicopatología oscila entre el dinamismo psicótico-paranoide-delirante y el dinamismo psicopático-perverso, presenta una forma de pensar, un verdadero hilo de Ariadna guiado por el raciocinio psicológico en el laberinto de su locura. Para comprender el enraizamiento de esta patología en el Self Cultural de Occidente, es preciso comprender la relación del Mito Cristiano y la historia del Cristianismo con el desarrollo psicológico de la personalidad y de la cultura.

El Cristianismo es una religión basada en la salvación por el amor. Pero, ¿en la salvación de qué? En la salvación del alma alejada de Dios por el pecado. Pero, ¿qué es el pecado? Es estar alejado del amor de Dios en pensamiento o acción. Ese estar con Dios necesita, entonces, ser construido permanentemente. La propia inconsciencia tiene afinidad con el pecado, como ilustra el pecado original portado por los recién nacidos. La diferenciación permanente de la consciencia individual y colectiva es, pues, inseparable de la búsqueda Cristiana de salvación.

Esa propuesta de búsqueda de salvación lanzó a los cristianos en un cuestionamiento psicológico intenso para comprender, por un lado, el propio Mito e insertar en él la vida y la pasión de Cristo y, por otro, el estado del alma de cada fiel, o sea, su evaluación psicológica en función del pecado, lo que, en términos junguianos llamamos la relación del Ego con la Sombra.

El examen de consciencia se tornó, así, la práctica central del Cristianismo. Su auxilio y orientación por fieles más experimentados instituyó la práctica de la confesión. El alma preparada por la elaboración de sus pecados es encaminada para la comunión con Cristo en el ritual de la Misa, en el cual se opera el milagro de la transformación del pan en el cuerpo y del vino en la sangre del Salvador, como había Él mismo instruido.

La creatividad de este proceso exige una dedicación enorme a la reflexión psicológica y fue, por eso, que el fenómeno del monacato acompañó la institucionalización del Mito. Es en la reflexión introvertida de los monasterios donde se formó y se acumuló durante siglos un enorme conocimiento psicológico como ya nos ilustra la grandiosa figura de San Agustín en el siglo quinto. El Yo individual y la consciencia colectiva adquirieron profunda experiencia en la elaboración de símbolos oriundos de las vivencias humanas más diversas. Durante el milenio que fue la Edad Media (400-1400 EC), el Mito ejerció su proceso civilizador con un enorme crecimiento y diferenciación de la dimensión subjetiva. Sólo tiene sentido

denominar la Edad Media “edad de las tinieblas” si quisiéramos decir que es en la oscuridad donde se fabrica la luz. De hecho, esta introversión monástica fue la raíz de la exuberante explosión extrovertida del Renacimiento que fructificó en el humanismo moderno. Cuando abrimos plenamente nuestra visión a la dimensión simbólica del Mito y su influencia en la historia, podemos relacionar tanto la Edad Media con el milenio de la elaboración de la muerte sacrificial del Mesías, como el Renacimiento con la gloria de la Resurrección.

¿Cómo explicar, sin embargo, que es en el año de 1484, por lo tanto en el apogeo del Renacimiento, que el Papa Inocencio VIII da plenos poderes, llamándoles "mis queridos hijos", a los inquisidores dominicanos y profesores de Teología Kramer y Sprenger que escribieron el Malleus? Es en la lucha entre las fuerzas creativas del Arquetipo de la Alteridad y las fuerzas patriarcales reaccionarias de la Inquisición que encontramos la respuesta, pues cuanto más crecía una, más la otra se intensificaba, en una confrontación terriblemente estresante y patologizadora del Self Cultural.

El siglo trece es muy ilustrativo de ese conflicto de arquetipos, verdadera lucha de gigantes en el alma colectiva europea y dentro de la propia Iglesia. Está marcado por la erudición de Santo Tomás de Aquino y la síntesis Aristotélico-Tomista que, al reunir el inmenso acervo de conocimiento psicológico acumulado por el Cristianismo a la filosofía esencialmente extrovertida de Aristóteles, preparaba a Europa para el Renacimiento, la cuna fecunda de las artes y ciencias modernas. Es en el inicio de ese siglo, en 1209, cuando se dio el famoso encuentro en la Basílica de San Pedro entre el Papa Inocencio III y San Francisco de Asís.

El crecimiento de la represión a las herejías acompañó la ambición del poder temporal y la centralización y unificación dogmática del Cristianismo. Esas tres características que componen la repatriarcalización progresiva del Mito, alcanzan un ápice en el papado de Inocencio III. El sermón que escogió para su consagración “Yo vos establecí encima de las naciones y de los reinos” (Jer 1:10) expresó su ambición de dominar no sólo los cielos sino también las “naciones y los reinos”. Y él lo consiguió. Nada más patriarcal que esta ideología. Fue durante su papado (1198-1216) que se estableció definitivamente la pena de muerte contra los herejes. Su dedicación militar a las cruzadas determinó la cruzada que masacró a los Albigenses en el sur de Francia en 1209. Las ejecuciones en masa de esta cruzada superaron

todas las medidas represivas anteriores y establecieron la Inquisición oficialmente como la institución cultural del terror en nombre de la fe.

La tensión interna creciente en la Iglesia y, por consiguiente, en el Self Cultural europeo es ilustrada por el hecho de que, en el mismo año de 1209 en que fueron masacrados los Albigenses, Inocencio III haya reconocido oficialmente, en la Basílica de San Pedro, a San Francisco de Asís y sus once compañeros andrajosos, como seguidores de Cristo. Por un lado, la unificación ideológica, ambición del poder político, la intolerancia a la contestación, basados en la coacción moral y física, apoyadas en la excomunión, en la confiscación de bienes, en la guerra de conquista, en la tortura, en la prisión perpetua y en la pena de muerte en nombre de Cristo. Por el otro, el desapego total y la entrega social, física y espiritual por el amor a Cristo. ¿Qué símbolo, con esta importancia histórica, aguantaría sufrir tensiones tan opuestas durante su elaboración, sin producir graves disociaciones psíquicas individuales y colectivas?

La elaboración de los símbolos en el Self Individual y Cultural es coordinada por arquetipos y va paulatinamente formando la identidad del Yo y del Otro en la consciencia. La elaboración simbólica es la actividad central de la psique. En cualquier momento, la psique individual y colectiva presentan un incontable número de símbolos en grados variables de elaboración. Este proceso tiene duración variable dependiendo de su carga arquetípica. Los arquetipos, como padrones de funcionamiento, nunca se agotan, mas su activación para la elaboración de determinados símbolos tiene una duración proporcional a la importancia del símbolo y a las dificultades de su elaboración. Así, la elaboración de un símbolo puede durar momentos, días, años o milenios, como es el caso del símbolo de Cristo y de su proceso de institucionalización.

Cuando la elaboración de un determinado símbolo no recibe toda la implicación que necesita de la consciencia, estos símbolos son actuados de forma parcialmente inconsciente. Esta actuación inconsciente de partes simbólicas fue denominada Sombra por Jung. La sombra normalmente expresa símbolos o partes simbólicas de difícil aceptación moral o que dan mucho trabajo o que todavía no tuvimos tiempo de atender. Por tanto, la actuación de los símbolos de la Sombra es inadecuada y siempre nos crea problemas. Al mismo tiempo, su confrontación es necesaria porque su contenido es imprescindible para la continuación del desarrollo psicológico individual y colectivo.

Hay partes de la Sombra, entre tanto, que son de acceso muy difícil para la consciencia, por el hecho de contener defensas a su alrededor. Como describió Freud, las defensas impiden el acceso de los símbolos a la consciencia y generan resistencias a su aproximación. Las defensas disocian la psique y son la condición básica para la formación de la enfermedad mental. Así, denominé Sombra Patológica a la parte de la Sombra cercada por defensas. La Sombra patológica de los símbolos de Cristo y de la Iglesia formaron progresivamente los símbolos del Demonio y de sus brujas. La principal tesis de este prefacio es que la formación progresiva de la Sombra patológica de los símbolos de Cristo y de la Iglesia alimentaron el crecimiento cada vez mayor de los símbolos del Demonio y de las brujas, patologizando progresivamente la implantación del Mito Cristiano y el funcionamiento del Self Cultural.

Las dificultades para la integración de los Arquetipos de la Alteridad son muy grandes, sobre todo en la vigencia de un predominio patriarcal tan extenso como fue aquel encontrado por el Cristianismo en las tradiciones Judaicas y en las instituciones del Imperio Romano. Independientemente de esa circunstancia, sin embargo, el padrón de alteridad es mucho más difícil de operar para el Yo que el padrón patriarcal y matriarcal debido a la necesidad de desapego. El apego a la sensualidad matriarcal del placer inmediato y el apego al poder patriarcal obstaculizan el desprendimiento del Yo necesario para su interacción igualitaria con el Otro a cada nueva situación existencial. La creatividad necesaria al Yo para el desempeño de la alteridad exige libertad y apertura para lo nuevo, para confrontar el misterio del mundo y de la vida, incompatibles con el apego matriarcal y patriarcal que tienden a generalizar y a estereotipar la conducta. El padrón de alteridad elabora los símbolos con una profundidad mucho mayor que los padrones matriarcal y patriarcal y, por tanto, su dispendio de energía es mucho más intenso y su formación de Sombra mucho menor. La apertura para la relación democrática en el padrón de alteridad establece un padrón cuaternario de relación del Yo con el Otro. En este, el Yo se vuelve capaz de “ofrecer la otra mejilla”, esto es de confrontar su propia Sombra tanto cuanto el Otro. Así, en la ciencia se confronta el error, en la democracia la Sombra social y en el amor conyugal la Sombra individual.

Mientras la repatriarcalización progresiva del Mito reprimía la alteridad, gran cantidad de energía psíquica pasaba de la consciencia a la Sombra colectiva, junto con innumerables características del símbolo de Cristo y de la Iglesia. El padrón

patriarcal, por ser mucho menos diferenciado que el padrón de alteridad, no confronta directamente su Sombra y la proyecta a su alrededor, como vemos en el fenómeno del chivo expiatorio. Este animal no fue escogido fortuitamente para la proyección, sino debido a sus características simbólicas de gran fecundidad, ideal para representar el principio de placer y fertilidad matriarcal, blanco predilecto de la codificación patriarcal. No era por casualidad que el gran Dios Pan y sus sátiros, símbolos de la fertilidad de la gran madre naturaleza, eran en Grecia frecuentemente representados en forma de macho cabrío como también en innumerables culturas paganas europeas. La polarización en que opera el dinamismo patriarcal exigió un polo contrario para elaborar el símbolo de Cristo. Surgió así el fenómeno del Demonio como Anti-Cristo.

Me parece un grave error confundir a Satanás del Viejo Testamento con el Demonio del Cristianismo. Sea como ángel rebelde, sea como emisario de Dios para tentar a Job, Satanás es una figura bien delimitada frente a la divinidad. Si el Cristianismo se hubiese repatriarcalizado abiertamente y Cristo hubiese sido adorado como un dios guerrero, como quiso Constantino, los Arquetipos de la Alteridad habrían sido substituidos por el Arquetipo del Padre y no se habría formado la patología que se formó.

La imagen del Diablo y de las brujas se fue transformando en la Edad Media y creciendo en poder, como en vasos comunicantes, paralelamente al hecho de que características pujantes del símbolo de Cristo y de la Iglesia fueran mal elaboradas y pasaran a formar parte de la Sombra cultural. El Demonio no es meramente Satanás porque no es apenas un opositor de Cristo, un simple Anti-Cristo. El Demonio y las brujas son la Sombra patológica oriunda de las distorsiones del mensaje de Cristo, en la medida en que sus características mal elaboradas y disociadas fueron siendo reprimidas, distorsionadas y cercadas por defensas. El símbolo del Diablo y de la bruja, como cualquier símbolo, a pesar de arquetípicos, son únicos en cada cultura y, en el Cristianismo, no pueden ser comprendidos independientemente de las características deformadas de los símbolos de Cristo y de la Iglesia. Es esto lo que nos explica cómo la Inquisición fue paulatinamente atribuyendo al Demonio poderes cada vez mayores, a punto de denominarlo Lucifer, aquel que hace la luz. ¿No era ésta la principal función del Mesías como portador de un nuevo padrón de consciencia? Pero, en la medida en que el Renacimiento daba a luz el padrón de alteridad como raíz de las ciencias y de las transformaciones socio-políticas

modernas, ¿no eran sus exponentes perseguidos y su creatividad cercenada por la Inquisición? Si la luz del nuevo humanismo era excluida de Cristo por su propia Iglesia, ¿a quién sería atribuida? El Malleus engrandece tanto al Demonio y a las brujas que declara textualmente que él haya sido creado especialmente por Dios para ejercer el pecado a través de ellas.

De esta manera, comprendemos que la característica central atribuida a Demonio era inicialmente la desobediencia al poder centralizador, en la razón directa en que la pluralidad democrática de la alteridad era patriarcalmente negada. Esta característica fue paulatinamente cambiando y pasando a la sexualidad y al conocimiento, en la medida en que el poder revolucionario cultural del héroe mesiánico fue siendo castrado, cercenando, en consecuencia, su poder creativo de elaboración simbólica de la realidad.

La castración simbólica del Mesías y la represión de la Iglesia van a ocurrir de varias maneras: en su adoración exclusivamente como niño en el regazo de su madre o como muerto en el más allá a la espera del Juicio Final, en la negación de la importancia y del significado de la figura de María Magdalena, inclusive en hecho de subestimar su iniciación como apóstol, la única con capacidad espiritual para reconocer inmediatamente la Resurrección; en la reducción incestuosa de lo femenino en el Mito a la función maternal; en la negación de la importancia central del cuerpo en el cual se expresa la Pasión; en la codificación progresiva de la confesión y del pecado como penitencias patriarcales estereotipadas, lo que contribuyó mucho para asfixiar el conocimiento de la psique y de la vida por la introspección y por la meditación; en la jerarquización patriarcal de la Iglesia, en los votos patriarcales de pobreza, obediencia y castidad para sus sacerdotes, en la inferiorización patriarcal de la mujer en la vida institucional de la Iglesia, principalmente, en su imposibilidad de administrar los sacramentos y ocupar cargos en igualdad de condiciones con los hombres, en la parálisis de la transformación socio-política por concesiones elitistas para asegurar la obtención y manutención del poder ejercido dentro del dinamismo patriarcal y no en el dinamismo de alteridad como proponía el Mito. No se trata de criticar o invalidar características centrales en el Mito como la madre virgen, la infancia milagrosa, la muerte sacrificial y la resurrección que son inherentes al Mito del Héroe. Se trata de demostrar que el poder transformador del héroe fue cercenado por la exaltación idealizada, defensiva, de ciertas partes del Mito en detrimento de otras, como frecuentemente sucede en la

formación de la Sombra de los cuadros neuróticos y psicóticos en la psique tanto individual cuanto colectiva.

Toda esta energía creativa retirada del símbolo de Cristo y de la Iglesia fue transferida al símbolo del Demonio y de las brujas, cada vez más atacados en nombre del propio Cristo y de la Iglesia. Se configuró, así, un cuadro disociativo grave y creciente en función de la propia pujanza del Mito. Deformado y cercenado, por un lado, el Mito formó la Inquisición y su Demonología. Por otro, fue consiguiendo creativamente integrar el padrón de alteridad en la consciencia individual y colectiva, caminando hacia el Renacimiento y, a través de éste, hacia el humanismo científico y socio-democrático moderno.

La mujer como símbolo del mal...

Aunque la bula papal, que invistió a Sprenger y Kramer como inquisidores contra la brujería, mencione a brujos y brujas, el Malleus es dirigido principalmente a las brujas. Su texto es alimentado por el odio a la mujer, por la misoginia, en función de la cual son atribuidas a ella características despreciativas, reunidas enciclopédicamente e interpretadas con connotaciones machistas, de las más peyorativas, en la primera parte del libro, para justificar las prácticas terribles prescritas en la tercera parte:

“La razón natural para esto es que ella es más carnal que el hombre, como queda claro por las innumerables abominaciones carnales que practica. Se debe notar que hubo un defecto en la fabricación de la primera mujer, pues ella fue formada por una costilla del pecho del hombre, que es torcida. Debido a ese defecto, ella es un animal imperfecto que engaña siempre”. (Malleus, parte I cuestión 6).

Este odio a la mujer se mezcló en la Inquisición y en el Malleus con la atracción mórbida por ella debido a la sexualidad culturalmente reprimida y a su desvalorización en la Iglesia. Eso hizo que la tortura para obtener confesiones de brujerías incluyese procedimientos tarados, o sea, sexualmente perversos, que incluían el voyeurismo y el sadismo. Las mujeres eran desvestidas y sus cabellos y pelos rapados en procura de objetos hechizados escondidos en sus partes íntimas “que no deben ser mencionadas”. (Malleus III,15). Las torturas practicadas son difíciles de imaginar, pero el texto da la idea de que han sido terribles, sobre todo

porque el proceso recomendado por el Malleus es un delirio francamente paranoide orientado para obtener confesiones y no para verificarse la culpabilidad.

“Si, al ser debidamente torturada, ella se rehusa a confesar la verdad, el próximo paso del Juez debe ser el de mandar a traer otros instrumentos de tortura frente a ella y decirle que será sometida a ellos en caso de que no confiese. Si entonces, ella no fuera inducida a confesar por el terror, la tortura debe ser continuada en el segundo y en el tercer día. Pero no debe ser realizada, a menos que haya indicaciones nuevas de su probable éxito”. (Malleus, III,14).

La disociación patológica de la mente de los redactores del Malleus se hace evidente en la mezcla de un sentido humanitario de justicia y protección de las víctimas con otro de extraordinaria falsedad, cobardía y crueldad, de la misma forma con que las aberraciones sexuales eran cometidas en medio de una acentuada hipocresía puritana: el texto recomienda expresamente la depilación y la búsqueda de objetos en las partes íntimas del cuerpo e insiste en demostrar gran pureza e inocencia al afirmar que el nombre de los órganos sexuales no debe ser mencionado (Malleus III, 15).

De la misma forma en que la psicosis paranoide refuerza el poder de las fuerzas perseguidoras en la proporción en que la enfermedad mental progresa, la Inquisición fue incrementando y codificando los poderes del Diablo y de las brujas, a punto de que ellos pudieran ser responsabilizados por una capacidad de ejercer cualquier maleficio humano y sobrehumano, inclusive con la producción de tempestades.

Ese poder creciente atribuido al Demonio era acompañado del reconocimiento cada vez mayor de casos de brujería, configurando un ataque creciente a la mujer como su consorte. Es significativo, para comprender esta tesis, asociar estos hechos al culto creciente de la Mariología, culto de la Virgen María en la Edad Media, que acompañó la representación creciente del Mesías como niño o como muerto, expresado en las Pietás. El culto de la función materna idealizada fue acompañado por la represión del papel de la feminidad adulta en el Mito, señalada por la supresión del significado del símbolo de María Magdalena en la Pasión. La idealización de María como super-madre que no deja a su hijo crecer fue proyectada en el poder filicida creciente de las brujas. Esta represión de la potencia del Mesías y de su anima fue canalizada en el odio a la mujer, transformada en bruja y compañera del Diablo, el cual, según el Malleus recalca repetidamente, es impotente

sin ella. Paralelamente, las monjas como esposas de Cristo eran excluidas del poder institucional y sacramental. El aumento de la importancia del Demonio y sus amantes brujas fabricado por la Inquisición acompaña, entonces, la disminución del poder transformador del Mesías y de sus sacerdotisas monjas. Esta disociación tiene como denominador común la represión del dinamismo matriarcal y de alteridad, cuyo aspecto femenino era depositado en la mujer y que fundamentaba, al mismo tiempo, la idealización defensiva de la función materna y la represión institucional de las monjas, la represión cultural de la mujer y el odio a las brujas. O sea, la mujer madre era sobre valorada en la Iglesia a expensas del valor de la mujer persona. La bruja pasaba entonces a cargar la proyección de la Sombra de la madre terrible filicida y de la mujer adulta reprimida, cuya sexualidad adquiriría, por eso, poderes de seducción fantásticos.

La represión de la pujanza del Mesías acompañada del creciente poder sexual atribuido al Demonio ocurre junto con la represión del dinamismo matriarcal en la cultura. Es esto lo que explica cómo el poder de seducción fue unido íntimamente a las prácticas extra-sensoriales adivinatorias y mágicas atribuidas a la brujería. Es preciso recordar que el íncubo, forma masculina del súcubo, es el equivalente en Latín del Dios Pan, la mayor expresión masculina matriarcal de la Mitología Griega. La importancia dada por la Inquisición a los íncubos y súcubos, que controlados por las brujas ejercían la sexualidad del Demonio, fue acompañada por el poder de hacer desaparecer el pene, acusación frecuente en los procesos. Paralelamente al crecimiento de la sexualidad del Demonio y de sus brujas, vemos disminuir el poder de Cristo, sus esposas monjas y, ahora también, de sus seguidores hombres.

Para tener una idea del grotesco paranoide a que llegó el Malleus, es ilustrativo el hecho del poder atribuido a las acusadas y de la culpa persecutoria de los jueces que era de tal orden, que ellas deberían ser capturadas en redes para que sus pies no tocasen el piso y provocar relámpagos; deberían también entrar en la sala de acusación de espaldas, pues su simple mirar sería capaz de controlar el raciocinio de los jueces y determinar su libertad (Malleus III, 15). En caso de que ellas pidiesen la prueba de caminar sobre brasas o entrar en agua hirviendo, su pedido debería ser terminantemente negado, pues, en función de su vínculo con el Demonio, tal hazaña les sería fácil y engañaría a los acusadores (Malleus III,17). El poder del dinamismo matriarcal reprimido proyectado psicóticamente en las brujas,

las tornaba diosas con poderes equivalentes a la madre tierra con todas sus fuerzas naturales. La deshonestidad del proceso legal está ilustrada de forma contundente en el hecho de que los acusados no pudieran escoger a sus propios abogados y de que sus detractores no precisaran ser personas de bien y fueran aconsejados a no revelar sus nombres, figurando como informantes y no como testimonios. Todo esto nuevamente racionalizado y justificado por el poder del Demonio. La falsedad de los inquisidores como jueces alcanzaba grados extremos, cuando ellos engañaban a los acusados en medio de las torturas, prometiéndoles la libertad en caso de que confesasen, sabiendo que su confesión les llevaría a prisión perpetua o a la muerte. (Malleus III,16).

La tesis según la cual la Inquisición y la Demonología expresaron la Sombra patológica del Cristianismo por la elaboración insuficiente y deformada de los símbolos de Cristo y de la Iglesia en el Self Cultural es intensamente reforzada por la Misa Negra en el Sabá.

La Misa Negra, celebrada en la noche de viernes, era una réplica sombría de la Santa Misa. En ella, el Diablo sería explícitamente adorado como Cristo. Por un lado, podemos ver aquí una forma de agresión marginal irrespetuosa a los poderes constituidos, una reacción delincuencial a una sociedad represora. Por otro, vemos la necesidad religiosa de cultivar de forma sombría, incluso psicótica, pero no por eso destituida de significado simbólico, una divinidad cuyos poderes extraordinarios incluían exuberantemente el dinamismo matriarcal del placer, de la música, de la danza y de la sexualidad, todos estos, atributos de los dioses de la naturaleza. Durante el Sabá el Demonio, de acuerdo con la imaginación del Inquisidor, reunía a sus brujas llegadas volando de lugares distantes. A él se le rendía culto bajo la forma de un macho cabrío, siendo besado en el trasero en medio a cantos y danzas frenéticas con gran permisividad sexual, inclusive de la homosexualidad acompañada de la antropofagia de niños muertos (?), mientras brujas administrarían la comunión con hostias robadas. Es importante señalar que todas esas fantasías fueron, en formas adecuadas, incorporadas a las reivindicaciones de las minorías y de las costumbres sociales y conquistas científicas en el siglo veinte, entre las cuales se señalan la legalización de la homosexualidad y del aborto y la era de la aviación.

El Malleus, la alquimia y la histeria...

La Demonología era un fenómeno de la Sombra patológica del Self Cultural patrocinado por la Inquisición pero que de forma alguna a ella se restringía. Vivenciando la energía fecunda que emanaba de la disociación del símbolo de Cristo y de la Iglesia, los símbolos del Demonio y de sus brujas a todos preocupaba, fascinaba y atraía de forma creciente. Es importante percibir que las herejías, o variantes culturales reprimidas por el Santo Oficio para la elaboración del símbolo de Cristo, eran permitidas en la elaboración del símbolo del Diablo y de las brujas. De esta forma, desde los inquisidores más intransigentes hasta sus víctimas y el folclore del pueblo en general, todos participaban en el gran calderón herético del Demonio y sus brujas, en el vaso de los alquimistas donde, bajo presión creciente, cocinó la Sombra patológica del humanismo cristiano dando nacimiento a las grandes conquistas sociales y científicas.

En este calderón, hirvieron dentro de los símbolos del Demonio y de las brujas, además de todas las herejías, pasajes del Viejo Testamento referentes a Satanás, leyendas de otras culturas y principalmente de las culturas propias de cada región antecedentes al Cristianismo y por él reprimidas, supersticiones, conocimientos nuevos provenientes de los alquimistas y pensadores, creencias esotéricas las más variadas fabricadas por lo cotidiano de la fértil imaginación popular, atormentada por la amenaza de persecución de los inquisidores y por la curiosidad del material reprimido. Todo esto exaltaba grandes áreas reprimidas de la psique colectiva, como la agresividad, la sexualidad, la magia y la creatividad en general. La popularización y actuación creciente de los símbolos del Demonio y de las brujas, debido a esta creatividad prohibida, justificaba e incrementaba la actividad represora de la Inquisición en un sistema de retroalimentación (feed-back) múltiple que agravaba cada vez más la patología del Self Cultural, pasando su dinamismo de neurótico (principalmente represivo) a psicopático (corrupción moral de la práctica religiosa) y a psicótico (paranoide y delirante) hasta culminar en una primera etapa en la disociación de la Iglesia en la Reforma en el siglo dieciséis, y ,dos siglos después, en la gran disociación subjetivo-objetivo, al final del siglo dieciocho, que dio origen al materialismo científico del siglo diecinueve y retiró de la Iglesia su liderazgo civilizador. El Mito, no obstante, no perdió su pujanza, por el contrario. Aun dentro de una ideología socialista patriarcalizada por la teoría de la

lucha de clases que se creía atea, él continuó la función civilizadora de implantación de alteridad a través de sus símbolos profundos de libertad, igualdad y fraternidad.

La represión de la mujer y el ataque a ella como bruja, debido a la proyección en ella de los arquetipos reprimidos de la Gran Madre y del Anima, necesitan ser comprendidas junto con la histeria que es un cuadro patológico formado básicamente por la disfunción de los arquetipos matriarcal y de alteridad. Las características de estos arquetipos de intimidad, fertilidad, sensualidad y exuberancia del deseo, de la imaginación, de la clarividencia esotérica y de la expresividad emocional, cuando heridas, dan margen al atrincheramiento de estos arquetipos en una lucha de poder expresada por la magia destructiva, por la dramatización y sugestionabilidad descontroladas, por la fantasía mentirosa, por la agresividad vengativa desproporcional, por el congelamiento de las reacciones afectivas, por las reacciones emocionales a través de los síntomas físicos y por la falsedad involuntaria. En el predominio patriarcal, las funciones matriarcales son peyorativamente proyectadas en las mujeres en la tríada cocina-casa-iglesia. La herida cultural de estos arquetipos por la Inquisición y su proyección generalizada en el Pan-Demonio propició, por la sugestionabilidad histérica, la actuación de innumerables mujeres como sus consortes. La atmósfera persecutoria, dramática y animista medieval favoreció la eclosión de cuadros histéricos que eran identificados como brujería por los vecinos o incluso familiares, como relata el Malleus en innumerables ejemplos. El dinamismo patriarcal patológico expresado por el sadismo de los inquisidores torturadores, sexualmente reprimidos, que depilaban y escudriñaban sus cuerpos, clavándoles agujas para procurar zonas anestesiadas que indicarían el pacto con el Demonio, ciertamente exacerbó muchos cuadros histéricos, pervirtiéndolos en relaciones sado-masoquistas psicóticas. (9)

Entre tanto, el símbolo máximo de la Sombra patológica como expresión de la disociación psicótica del Self Cultural de Occidente durante su cristianización, fue la matanza de los herejes en la hoguera y en la horca. El delirio psicótico-paranoide, a pesar de gravemente enfermo, todavía protege al Ego porque proyecta en el Otro las tendencias amenazadoras del Self. Cuando, sin embargo, el propio delirio proyectado es también ejercido francamente por el Ego, la gravedad de la patología se torna extrema, pues es la señal de que la defensa paranoide está fracasando y los contenidos proyectados están dominando al Ego. Fue lo que aconteció con la Inquisición.

La historia simbólica de la Inquisición torna innegable su propia expresión inconsciente del Anti-Cristo y de la brujería. La concupiscencia del poder unificador, la intolerancia, la represión de los arquetipos matriarcal y de alteridad, la corrupción psicopática moral e ideológica de los arquetipos del padre y de la alteridad, que deformó en tantos aspectos el mensaje cristiano, representan la actuación de la Sombra patológica. La patología cultural se fue agravando siglo a siglo, manifiesta en la proyección de los aspectos negados y reprimidos de Cristo sobre el Demonio y sus brujas y racionalizada por la devoción a Cristo y a la Iglesia. Todo era hecho en nombre de Cristo y de su Iglesia, cuyos símbolos a pesar de debilitados, eran inicialmente mantenidos en la luz. Todos los males eran proyectados en el Demonio y en las brujas, cuyos símbolos, a pesar de cada vez más fortalecidos, eran inicialmente mantenidos en las tinieblas, como habitantes infernales. A partir del siglo trece, sin embargo, Inocencio III, el mismo papa que bendice a San Francisco, autoriza la pena de muerte para las herejías. El Demonio pasa a llamarse Lucifer, aquél que trae la luz, y Cristo (el cordero que se había sacrificado por los pecados del mundo, a ser confesados y absueltos en su Iglesia) pasa a ser invocado para empuñar la espada del genocidio de los Albigenses e instituir la prevención y la limpieza cultural de la peste de la herejía. Los que confesaban y abjuraban la herejía eran acogidos de vuelta a la Iglesia y condenados a la prisión perpetua. Los que no confesaban eran entregados al brazo secular para la pena de muerte. Debido a las condiciones inhumanas de las prisiones, la prisión perpetua en poco tiempo llevaba a la muerte, si es que no fuese antes interrumpida por la pena capital: “En los casos de herejía simple, aquellos que son penitentes (confesaron) y abjuraron, como ya fue dicho, son admitidos a la penitencia y a la prisión perpetua; todavía, en esta herejía, aunque el juez eclesiástico pueda recibir al prisionero en penitencia, el poder civil puede, debido a los maleficios causados a personas, al ganado y otros bienes, castigarla con la muerte...” (Malleus III,19).

Al aproximar psicóticamente a Cristo y su Iglesia al Demonio y las brujas, los Inquisidores, frecuentemente, tornaron inseparables unos y otros en sus personalidades y en la historia de la Iglesia. La locura se exacerbaba todavía más, si es que eso era posible, en situaciones en las cuales los herejes demoraban en morir y la ceremonia era interrumpida para procurar objetos dejados por el Demonio en sus vestidos para tornarlos resistentes al fuego. La superposición de los símbolos

del Cristo y del Demonio era tal que, incluso dentro de las llamas, ellos continuaban luchando como expresión de la psicosis colectiva.

“¿Que podría ser dicho sobre un caso que ocurrió en la Diócesis de Ratisbon? Algunos herejes fueron condenados por su propia confesión, no solamente como impenitentes, sino también, como abogados de esta perfidia; y cuando fueron condenados a muerte, aconteció que ellos resistieron al fuego. Su sentencia fue entonces alterada para muerte por ahogamiento, que tampoco surtió efecto. Todos se sorprendieron y algunos comenzaron hasta a decir que su herejía era verdadera; y el obispo en gran ansiedad por su rebaño, ordenó un ayuno de tres días. Cuando esto fue devotamente cumplido, alguien fue informado de que estos herejes tenían un encanto mágico cosido bajo la piel debajo del brazo; cuando éste fue encontrado y removido ellos fueron entregados a las llamas e inmediatamente se quemaron”. (Malleus III, 15).

La importancia de la traducción y publicación completa de este texto en portugués no está sólo en el conocimiento de la historia del Cristianismo, sino también en la continuación de la elaboración del Mito Cristiano, cuyo papel civilizador está reintensificándose otra vez en este final de milenio.

Si muchos lectores concuerdan con que este libro y la Inquisición son una aberración del mensaje cristiano, es preciso saber que no todos piensan así. El propio traductor del libro del Latín al Inglés, el Reverendo Montague Sommers, así se expresa sobre él en el final del prefacio que escribió en 1946:

“Lo cierto es que el Malleus Maleficarum es el más sólido y el más importante trabajo en toda la vasta biblioteca escrita sobre brujería. Volvemos a él siempre con edificación e interés. Desde el punto de vista de la psicología, de la jurisprudencia y de la historia, él es supremo. Podemos incluso decir sin exagerar, que los escritores que lo sucedieron, grandes como puedan ser, hicieron poco más que retirar de estos pozos de sabiduría, aparentemente inagotables, que los dos dominicanos Henrique Kramer y James Sprenger nos dieron en el Malleus Maleficarum”.

“Lo que más sorprende es la modernidad del libro. Prácticamente no existe un problema, un complejo, una dificultad que ellos no hayan previsto, discutido y resuelto”.

“Aquí están casos que ocurren en las cortes de hoy, presentados con mayor claridad, argüidos con lógica ejemplar y juzgados con imparcialidad escrupulosa. El Malleus Maleficarum es un libro escrito bajo la influencia de la eternidad”.

Con esta ilustración final, vemos que la elaboración de este libro y de la Inquisición y de lo que representan en el alma humana individual y colectiva adentrará el próximo milenio junto con la continuación de la elaboración del Mito Cristiano.

BIBLIOGRAFÍA

- 1) - **Malleus Maleficarum** (1484) Traducción Inglesa del Reverendo Montague Sommers. Ed. Hogarth Press, Londres, 1928.
- 2) - **Byington, Carlos A.B.** (1981) "Uma Teoria Simbólica da História". Ed. Revista de Cultura Vozes, nº 8, año 76, Octubre/82, págs. 599-610.
- 3) - _____ (1986) "O Desenvolvimento da Personalidade. Símbolos e Arquétipos". Ed. Ática, São Paulo, Série Princípios, nº 123, 1987.
- 4) - **The Nag Hammadi Library** (1978) Harper & Row, New York, 1981.
- 5) - Idem, **O Evangelho de Maria**.
- 6) - Idem, **O Evangelho de Tomás**.
- 7) - **Byington, Carlos A.B.** (1983) "Uma Teoria Simbólica da História. O Mito Cristão como principal símbolo estruturante do padrão de alteridade na Cultura Ocidental". Junguiana, Revista de la Sociedad Brasileña de Psicología Analítica, nº 1, Ed. Vozes, Petrópolis, págs. 120-177, 1983.
- 8) - **Nova História da Igreja**. Tomo I "Dos Primórdios a São Gregório Magno", Ed. Vozes, Petrópolis, 1973.
- 9) - **Piccini, Amina Maggi** (1987) "Visão Psicanalítica do Imaginário dos Inquisidores e das Bruxas". Rev. Bras. Psican. 21:367, 1987.